

Veréis, veréis, lo que fué, lo que es, lo que, mediante Dios, será mientras mundo hubiera, nuestra hermosa y arrogante España.

VI

En rápida mirada os voy a recordar las proezas de la patria.

¿Qué más puede pedírsele?

Enseñó a reyes, conquistó pueblos, descubrió mundos, extendió la civilización por todas partes; dió leyes a la tierra y a la mar, y las naciones extranjeras las adaptaron como propias. Arrojó la media luna a los desiertos africanos; hundió la cimitarra en las arenas de Lepanto; extendió el cristianismo a las Américas. Combatió a sus enemigos cara a cara; jamás se la pudo acusar de felonía. El honor fué su égida; su característica el valor; su arrogancia proverbial: nunca en la pelea contó a sus adversarios; jamás volvió la espalda; las balas sólo trabaron relaciones con los pechos y las frentes españolas. Creó instituciones más que humanitarias, como la de los *Mercedarios redentores de cautivos*. Fué con el extranjero hospitalaria, y llegó hasta el sacrificio, en la defensa de un solo palmo de su tierra.

Señores: lo que más ennoblece a una nación, así como enaltece a una familia, es, sin duda alguna, la heroica *antigüedad de su abolengo*. En cuanto a tan excelsa cualidad, no sé que tenga rival alguno nuestra patria.

Esta antigüedad en proezas increíbles, así en cosas de guerra como en hechos de cultura, como en artes, en industrias, en comercio, en osadas aventuras rayanas

en delirios temerarios; esta antigüedad de grandezas estupendas, serán las sólidas columnas en que voy a sentar el edificio colosal de nuestras glorias de hoy, y con tales admirables bases, y con las esclarecidas hazañas de los grandes maestros de ahora, arrojaré de España la leyenda tan inconcebible como absurda, que sin fundamento imaginable, viene a ser por extraños, y por algunos propios, admitida.

Para la consecución de un fin tan grande, me valdré del arsenal de que os he hablado: de mi rica Biblioteca, en cuyos estantes, por espacio de más de medio siglo, he ido acumulando tesoro tras tesoro, apuntando siempre a la vindicación de nuestra excelsa patria. Durante este período de tiempo, he leído siempre; he ido anotando en el *haber* de España todo cuanto habla en favor de ella. Me considero, pues, capacitado para demostrar la realidad de mi *balance*. Y la leyenda infame, se derrumbará por su sola pesadumbre, en cuanto le falten los puntales de la ignorancia, y el absurdo: únicas bases y únicos motivos, que por largo tiempo la han estado sosteniendo.

VII

Ya comprenderéis con esto por qué motivo no estimo pertinente empezar mi tema presentando a vuestros ojos el estado actual de la cultura patria. Entiendo que, aun cuando en brevísimas palabras, debo dedicar un superficial recuerdo a nuestro nobilísimo abolengo. No somos una nación improvisada; no aventureros sin historia; no bastardos; no procedemos de reciente cuna. Poseemos lo que más se aprecia y más se estima

una historia muy antigua, llena toda ella de pasmosos hechos; resplandeciente de brillantes glorias. En ella he de asentar los cuarteles de nobleza, de las Universidades españolas de hoy.

Tenemos lo que no puede comprarse con todo el oro del mundo ni pueden conquistar todos los ejércitos reunidos; ni todos los sabios podrían demostrarnos lo contrario. Tenemos un *pasado*, y éste, ni nada ni nadie, ni hombre ni mujer, ni angel ni demonio *puede hacer que deje de haber sido*. Aun cuando España se hundiera en las entrañas de la tierra, o se volatilizara hacia las etéreas regiones del infinito espacio... siempre, a todas horas, por los siglos de los siglos, *subsistiría en su noble historia*, como grandioso ejemplo de un admirable y asombroso pueblo.

Así, señores, es como entiendo yo que se debe tratar de cosas de la patria. Porque ella es nuestra madre y nuestra hermana y nuestra hija. Ella es el aire que respiramos, la tierra que pisamos, el sol que nos ilumina y nos calienta, la brisa que refresca los ardores de la sangre; es el substantivo terreno de nuestra alma; la fuente de nuestra inspiración, el principio de nuestra vida, el fin hacia el cual nos dirigimos. Es nuestro ser presente y venidero: en el seno de su tierra hallan descanso los huesos de los que fueron nuestros padres; ella se abrirá para recibir los nuestros. Con ella sentimos, gozamos, padecemos y vivimos. Nos infunde valor ante el peligro, resignación en los dolores de nuestra alma, esperanza en las más tristes decepciones. Sus glorias son nuestras glorias; sus triunfos, nuestros triunfos; sus penas, nuestras penas. ¡Cuánto y cuán intensamente la lloramos, cuando de ella nos hallamos separados!

Y cuando la patria del hombre se llama España, si los que hemos tenido la inefable dicha de nacer en ella no nos sentimos orgullosos y en lugar de enaltecerla, no se nos ocurre hacer más que denigrarla; y de ella por tal conducta, en cierto modo renegamos; y de ser sus hijos nos sentimos humillados; ¡oh! ¡entonces nos hemos hecho indignos de tan grande, de tan bella, de tan noble y santa madre! Entonces merecemos que todos nos desprecien; que se nos tenga en poco: que se nos tenga en nada. A esto son acreedores quienes se deleitan echando puñados de lodo en la nítida tersura de su propia casa, vomitando por sus pulmones la herejía inicua de que España nada vale; de que en ella no hay arte, no hay gusto, no hay estética, no hay industria, no hay ciencia, no hay Universidades, no hay enseñanza. ¡Cuántas blasfemias vienen de continuo a desgarrar nuestros oídos!

¡Cuánta atrocidad; cuánta mentira; cuán crasa ignorancia! ¡Qué calumnia, señores, qué calumnia!

VIII

Señores, no voy a cansar vuestra atención con el resumen rápido y somero, de los grandes progresos españoles. Sólo citaré las cosas grandes que inventaron y que a todas las naciones enseñaron. ¿Valdría la pena, por ventura, de llenar el tiempo, en una sesión como la de hoy, para hablar de progresos e invenciones, que también realizaron los demás?

Mucho más de diez siglos de Edad Media, cubren con densa niebla los horizontes del mundo pensador. Parece que la tierra rendida por el gigantesco esfuerzo

de haber engendrado la civilización griega y romana, necesita de reposo para reparar su agotamiento y prepararse poco a poco, en este *barbecho espiritual*, para nuevos partos de su colosal fecundidad.

Este período lo es de luchas, de ignorancia, de supersticiones, de horribles fanatismos. Parece un campo de batalla en que la noche ha sucedido al día; y en cuya densa obscuridad, sigue el combate que alumbrará el sol, y en el que continúa el fragor de la pelea, sin que pueda distinguirse el enemigo del amigo. Es la *edad de hierro*, y el hierro es *negro*: no puede dejar sitio al adelanto, porque el progreso requiere paz, tranquilidad, atmósfera sana, luz intensa y meridiana; colores vivos; amor, altruísmo, abnegación y caridad.

Sin embargo de esto, por ser el hombre criatura hecha por Dios, no puede desprenderse enteramente del divino destello que le anima. Y así, sino ve, *vislumbra*; y entre aquellas tinieblas medioevales sale de cuando en cuando, una chispa, una ráfaga, un fulgor, un centelleo, que mantienen el fuego sagrado que cayó del cielo, para que, en tiempos más tranquilos, pueda continuarse esta sublime *estela*, dejado por el paso del Criador, cuando, por su propia voluntad, descendió a este mundo, para formar la original pareja engendradora de hombres y mujeres; la que debía ser el eslabón primero de la inmensa cadena de la *Humanidad*.

España figuraba dignamente, admirablemente, ocupando quizá la *presidencia*, en este tiempo pasado de negruras.

No puedo yo reseñar todas sus glorias; ni siquiera tengo tiempo de escogerlas; y aun cuando lo tuviera, la capacidad me faltaría tal vez, para juzgarlas. No me cabe otro recurso que sacarlas al azar (usando del

procedimiento de la insaculación), de las profundidades de la *urna*, que allá a lo lejos, en las regiones del cerebro, donde se archiva la memoria, están yacendo, desde largos días, en espera — algo precaria — de que por conjuro de mi propia voluntad, las obligue a presentarse, y a prestarme, para *este acto*, su concurso.

Saldrán como salieren: sin orden cronológico, sin método didáctico, sin disposición estética, sin preparación alguna. Así, el joyero vacía el saco que encierra sus tesoros, y expone a la mirada del curioso las primeras que cayeron al acaso.

Señores, el que se limita a la exposición sencilla de los hechos que ha estudiado, aporta en realidad, poco caudal intelectual: deja para los otros el trabajo que no quiso o que quizá no supo hacer. Quien se proponga decir algo de provecho, es preciso que analice cada punto, que se eleve desde los efectos a las causas, y que luego descienda desde las alturas de éstas a las llanuras en que supo hallar aquéllos.

Así lo he hecho yo. Héme preguntado por cual motivo no se ha reconocido beligerancia a nuestra patria en las sublimes luchas de la inteligencia. Y apenas me propuse esta cuestión, cuando se me apareció, destacándose vigorosamente la respuesta.

Este motivo, como veréis, es doble:

En primer lugar no hemos sabido comprender que las beligerancias no se dan: *se toman*. Si una nación quiere ser de primer orden no ha de pedirlo a las demás potencias, sino exigirlo; presentarse allí donde deliberan, tomar parte en la conferencia, e imponer su voto.

Si le fuera denegado este derecho, deberá interponerse con su veto, entre el acuerdo tomado y la ejecución de este acuerdo. Pero para esto es necesario que sea nación fuerte.

Así, también, en el caso de que en cuestiones científicas, artísticas o literarias se nos hiciese el vacío alrededor, no dando valor alguno a lo que hacemos, ni mencionando siquiera lo que se hizo en otros tiempos, entonces estamos obligados a *llenar* este vacío, con la abundancia, calidad y publicidad de nuestras obras de hoy, y con las valiosísimas que nuestros antepasados nos dejaron.

En segundo lugar, tenemos sobre nosotros un *prejuicio deslumbrante*. En España, se dijo, sólo prosperaron los soldados y los frailes; no fué jamás abonado su terreno para la industria, para las artes y aun menos para la ciencia. Esto se dijo; esto se admitió; esto llegó a nuestros oídos y también inconscientemente, nosotros mismos lo aceptamos. El español, se dijo, es valiente y religioso: *luego*, el español no es artista, no es mecánico, no es sabio.

Con este sofisma, a guisa de *sambenito*, hace ya algunas centurias que vivimos. Y así, señores, no podemos vivir más.

No es extraño, sin embargo, lo que en este punto ocurre; pues el mundo juzgó, según de juzgar tiene costumbre. Fué tan portentoso el valor del español, que deslumbró a la Europa entera: fué tan fervoroso en las *relaciones* que con Dios sostuvo, que no pudo el mundo comprender como le quedaba capacidad para otra cosa.

Así debemos entender como nuestros enemigos, nuestros amigos mismos, hasta nuestros compatriotas,

anduvieran siempre acordes en conceder a España, en el terreno material una indiscutible cualidad: la de ser un país valiente, osado, guerrero, temerario, emprendedor. Esta condición, encarnada en nuestro suelo, como el alma está encarnada en cuerpo humano, ha sido, a no dudarlo, la causa primordial del prestigio científico, artístico, literario, filosófico en que por tanto tiempo se nos tuvo, y en el que nosotros mismos, o muchos de nosotros, nos tenemos. La epopeya es tan brillante, que deslumbró a dos mundos; y en virtud de semejante causa, todo lo demás ha quedado olvidado en las tinieblas.

Y a decir verdad, la injusticia que desde largos días ha pesado sobre España, sino es justificable, es explicable.

Todas las aventuras fabulosas de los héroes contadas por Homero; todo lo que se ha imaginado de los doce pares; todos los delirios de la caballería andante; todo cuanto la poesía de los pueblos ha sido capaz de imaginar, todo palidece y se evapora ante la realidad histórica, la *verdad verdadera* de las inconcebibles hazañas de los hombres españoles. Los siglos han pasado para unas, los años para otras, y para muchos los días; y aun la mente humana abrumada por su peso no acierta, ni se atreve a concebirlas.

Ya se trata de un puñado de leones llamados almogávares, que se embarcan para salvar a un gran Imperio: luchan siempre, venciendo siempre: lo libertan de otro Imperio no menos poderoso; se hacen temibles para quien pidió su auxilio; y el jefe, a traición asesinado, deja a los soldados sin dirección ni disciplina. Y estos hombres, solos, en remotísimo país, luchan, hieren, matan, vencen. Atacan a los griegos, derrotan

a los turcos, y son precisas otras dos potencias para que sean la mayor parte exterminados. ¡Cuatro naciones para una falange de valientes, ayudadas de la traición, la ingratitud y la deslealtad! Esto que parece una conseja, que no solamente historió un guerrero catalán, sobre el terreno, viene confirmado por Nicéforo, el gran historiador griego, en este caso, testigo de excepción.

Unas cuantas docenas de españoles se lanzan en tres microscópicos maderos para descubrir y conquistar un mundo... y lo conquistan. Van otros más tarde y viendo siempre tierras nuevas y mares nuevos y hombres nuevos, hijos de aquellas remotos países hiperbólicos, vencen a la naturaleza y a los hombres, que por ser en número tan grande, ni tiempo les queda para poder contarlos, después que supieron espantarlos y vencerlos. Estos soldados que hubieran cabido en el cuartel más reducido de los que aquí tenemos, no caben en la inmensidad de ambas Américas; y allí *se diluyen*, a la manera como se diluye un grano de sal en la inmensidad de un lago de agua dulce, haciendo sentir su influencia en cada gota de ella.

Aparece un héroe tan usurpador como Alejandro y tan afortunado como César. Vence a media Europa; todo lo arrolla a su paso; lleva hasta Egipto sus fabulosos triunfos, poniendo por testigo a las pirámides. El mundo tiembla ante el mar de sangre que va dejando en su camino. Las potencias se coaligan. Nadie es potente para detener este huracán que pronto envolverá toda la tierra.

Pero hay una nación que está avezada a rugidos de huracanes; que le hace frente, sin estar preparada contra el huésped que, en un momento, se le ha cam-

biado en enemigo. Esta nación es España. El alcalde de un pueblecillo, casi perdido en la meseta de Castilla — el pueblo de Móstoles — declara la guerra al gran soldado. Madrid se levanta en masa para dar a la historia un dos de Mayo. En los desfiladeros del Bruch, unas cuantas docenas de paisanos laboran más para su patria que los trescientos espartanos en la estrechez de las Termópilas: éstos supieron morir; los catalanes saben vencer. Hasta entonces el ejército del héroe por nadie fué vencido. Queda la tierra de las Termópilas españolas sembrada de cadáveres, de armas blancas y de fuego, de pertrechos, de águilas imperiales. Zaragoza, Gerona, los campos de Bailén, atestiguan el fabuloso valor del español; y Napoleón se ve obligado a dejar un país de héroes, que se había figurado serlo sólo de hombres, pues con el esfuerzo gigantesco de sus brazos, iniciaron el fatal derrumbamiento del coloso.

IX

Estos portentos homéricos de que rebosa cada día nuestra historia, le ha valido a España la fama de guerrera. Tal es su brillo, que todo lo demás queda ofuscado. Por esto, por el estrépito del choque de las almas, el estampido del cañón, el retumbo de las descargas del infante, la crepitación del galope del caballo, la claridad lanzada por tanta boca de fuego, el silbido de las balas, el chasquido del pedernal... tanto ruido, tanta luz, tanto movimiento, siempre hacia adelante, por que el soldado español, no ha aprendido a caminar nunca hacia atrás; por esto, y sólo por esto, el mundo se ha ofuscado y no ha sabido ver en nuestra España otra cosa que valientes y guerreros.

Pero España es algo más que un inmenso *vivero de valientes*. ¡Cuán poco la conocen, los que en sus cosas se ocupan! No rectifico la afirmación solemne de que el español no retrocede; pues si pudo ser España conquistada, jamás fué humillada ni vencida.

Cuando Roma llegó a ser dueña de casi todo el mundo conocido, le dió a España su precioso idioma, impúsole sus leyes, llegó a abrumarla por espacio de seis siglos con el peso de sus legiones incontables. Pero distinguió a todos los españoles con el envidiado título de ciudadanos romanos. Y España, bajo el poder de Roma, dióle en cambio a este excelso Imperio, oradores tan grandes como Quintiliano, Osio, Higinio, Gracula, Porcio Ladrón; poetas como Lucano, Marcial, los Séneca, Juvencio; escritores como Sextilio Ena, Pomponio Mela, Columela, Paulo Orosio, filósofos como Séneca, de Cordoba. Dióle Cónsules *que la mandaban* y Emperadores *que la sujuzgaban*. ¿Qué fueron sino españolas las más legítimas glorias con que se envanece Roma, y que siendo Emperadores, llevaban los nombres grandes de Adriano, de Teodosio y de Trajano?

Señores, bambolearían las paredes de esta casa si un catedrático, en un día como el de hoy, buscase ambiente para la propagación de sus ideales, desde el momento en que no fuesen éstos, literarios, científicos o artísticos. Todo ideal político, apuntado a fines prácticos, debe ser violentamente rechazado del majestuoso templo de las ciencias, de las letras, de las artes...

Pero cuando de asuntos históricos se trata, al aparecer cualquier progreso, sea o no sea éste del gusto del cronista, no hay más remedio, si se quiere ser verí-

dico y honrado, que referirlo tal como ocurrió, sin comentario alguno que venga a desvirtuarlo.

No juzgaré yo de la forma de gobierno democrático; pero no podría negar, aun cuando lo quisiera, el carácter progresivo que para la civilización vino a ofrecer.

Y ¿dónde buscaremos este ambiente democrático por el cual el ciudadano viene a ejercer soberanía, ya sea directa ya sea indirectamente, en virtud de delegados que libremente elige con carácter amovible y de sus actos responsables?

¿Dónde? En España. ¿En qué región? En Cataluña.

Aquí empezó a esbozarse la difusa nebulosa que más tarde debía lentamente condensarse para acabar en un astro de primera magnitud.

En el siglo XI se necesitaba la temeridad de un héroe para sentar los cimientos que a medida que el tiempo transcurriera, se había de convertir en esta especial concentración de la soberanía, que dotaría al mundo de las Cortes soberanas. Y ¿os habéis fijado, señores, en el origen de estas Cortes? ¿en el cambio mundial que produjeron? ¿en qué clase de organización era la suya? ¿en qué elementos pudieron integrarlas?

Este memorable progreso democrático lo debemos a un excelso soberano: a don Ramón Berenguer, el Viejo; el más sabio de los condes que tuvo Barcelona. Lo debemos, pues, a nuestra patria, cuyo primer legislador fué indudablemente un hombre de tal temple, que apenas entró en la juventud, fué ya llamado el *Viejo* por la madurez que supo aportar en sus negocios. A él se debe el *Princeps namque*; es decir, el grito de la patria que obliga a sus hijos *todos*, ya sean *nobles*, ya

sean *plebeyos*, a tomar las armas, corriendo delirantes cuando peligrare la integridad de la nación.

Así resulta que el *servicio obligatorio para todo el mundo*, que en estos momentos mismos rige en nuestra España; el que rige en Francia desde algunos años a esta parte; el que le sirvió al reino de Prusia para convertirse en el colosal Imperio de Alemania; todos estos progresos democráticos tuvieron nacimiento en Cataluña, es decir, en nuestra España, en el año de gracia de 1071.

Más le dió al mundo este mismo soberano. Por obra suya y por su inteligencia y voluntad, se publicaron aquí mismo, en Barcelona, los celebérrimos *Usatges*. Código admirable; siendo la compilación que de ellos se hizo la primera que en Europa hubo, después de las leyes seguidas por los bárbaros. Recordemos que fué escrito en idioma catalán, publicado en 1068, y adoptado por muchísimas naciones.

No olvidemos tampoco que en esta propia Barcelona, fué publicado el *primer Código* marítimo por el Rey más grande que hubo en aquella época, don Jaime el Conquistador; código que todas las potencias marítimas lo adoptaron por acuerdo unánime; que se escribió asimismo en lengua catalana; que se intituló *Llibre del Consulat de mar*; y que esto ocurría en el siglo XIII después de Jesucristo.

Yo ya sé que el mundo, mucho antes de este tiempo tuvo leyes; que sin salir de España, el rey Eurico supo unir a la legislación que los reyes godos, sus antecesores, le dejaron, las especialísimas de su propia iniciativa, y que, con el nombre de *Fuero Juzgo*, vienen a formar la colección más importante del siglo V de la era actual.

También fuera omisión imperdonable la del nombre de don Alonso X, por antonomasia *el Sabio*, a cuya voluntad acudieron las dispersas leyes que andaban dislocadas por las diferentes regiones, en que acertó a reinar, uniformándolas todas en el admirable Código que con el nombre del de las *Siete Partidas*, es de todos conocido. Leyes que más tarde fueron sancionadas y ratificadas por su gran biznieto don Alfonso XI; aquel Rey titánico que supo deshacer el denso nublado de los moros, en la legendaria batalla llamada del *Salado*.

Pero todos estos adelantamientos de la madre patria, no quitan un átomo de gloria al gran Conde de Barcelona, ni al gran Rey de la Confederación catalana-aragonesa. Son cantidades que, por pertenecer a nuestra patria, *no se restan*, sino que *se suman*.

X

Si ascendemos a regiones más sutiles, más especulativas, menos prácticas; si entramos de lleno en la diáfana atmósfera de las literaturas españolas para buscar en orientaciones más lejanas, más elevadas, más ideales, podremos preguntarnos: ¿Qué nación hubo en el mundo que tuviera, y por dilatados siglos conservara, cuatro idiomas literarios, bien distintos uno de otro, con personalidad absoluta, y con todos los mecanismos específicos de cada lengua hablada, escrita, cantada, rimada, y jamás desgastada ni enmohecida?

Es verdad que Grecia habló cuatro dialectos a cual más admirables: Italia, Francia, Inglaterra y otras muchísimas naciones, lograron variedad de literaturas

regionales, en sus propias tierras. ¡Pero no recuerdo de nación alguna que, a la manera de nuestra fértil tierra haya poseído desde largos siglos, y conserve con orgullo todavía, *cuatro idiomas completos* que hayan hecho hablar a los Dioses, a los reyes, a la ciencia, a la virtud, al corazón, al alma entera! Idiomas con sus gramáticas y sus diccionarios; con su poesía, con su prosa, con su modalidad heroica, y su misticismo religioso; su severidad científica y su ternura poética: con sus cantares y sus cantigas y sus trovas populares... Con todo cuanto constituye el movimiento, la forma, la vida, la entraña, el alma de un idioma.

El lenguaje de los cántabros que se habla hoy día en toda la Vizcaya, es el más antiguo del que se tiene idea. El que se habla en Cataluña, Mallorca y Valencia, es el mismo que se usaba en tiempo poco posterior a Carlomagno, como podría fácilmente demostrároslo, leyendo así prosa como verso de aquella centuria tan remota. Veríais en él tantas bellezas, como frases; y no os parecería sino que vino a anticiparse a su adultez, bien así como precoz criatura que, a no tenerla sentada en las rodillas, para gozar de su tierno balbuceo, crearíamos sostener formal coloquio con un hombre inteligente y ya maduro.

El idioma gallego, tan dulce, tan cariñoso, en su poesía, lo seguimos fácilmente remontándonos hasta el enlace de doña Teresa, hija legítima de don Alfonso VI.

El castellano viene a ser como río caudaloso cuyas originarias fuentes las hallamos en Asturias, en León, en Castilla, en Aragón, en Navarra: río, que, recogiendo el gran caudal latino, así como el árabe y el godo, algo el hebreo, poco el fenicio y muy poco el griego, ha ido

acrecentando con los años, su corriente, hasta llegar a su apogeo en pleno siglo xvi.

La tierra que puede cantar en cuatro cultas lenguas sus gigantescas e indiscutibles glorias, es, señores, indudablemente, una gran tierra.

Y sin embargo, hay españoles, por más inverosímil que parezca, que abominan de las letras españolas; que califican de ñoñeces la sublime sencillez de nuestros clásicos; de latosos — perdonadme este vocablo — a los escritores concienzudos y pulquérrimos. Españoles que reniegan de la pasmosa oratoria de nuestros grandes tribunos, de nuestros grandes parlamentarios, de nuestros inimitables profesores. Que hablan de nuestra *supuesta ignorancia* y de nuestras *supuestas faltas*, como de *calamidades debidas a la elocuencia* de los *hombres* y a la *hermosura* de la *lengua castellana*, que tanto se presta, como se prestaron la griega y la latina, a hermostrar y abrigar el pensamiento!

Los que así se expresan y de tal manera sienten, producenme el efecto de un vesánico, que, después de haber abandonado nuestra patria, sintiera abúlica añoranza, del cielo encapotado, del aire opaco, del cieno de las calles, del frío negro, del día brumoso, de la noche obscura, de la humedad, de la nieve, de la eterna lluvia; de todas estas *delicias* de tantas tierras extranjeras, *cuando al regresar a España* se encontrara con que *desaparecieron* de repente, pues se hallaba otra vez bajo ese bendito cielo y sobre esta bendita tierra, en donde el sol constantemente brilla; en donde el cielo es siempre azul; y adonde acude, converge, se centraliza, y se simboliza lo más bello y más sublime que hizo Dios, esto es, la *luz*, con todos sus *colores*, y estos colores con todos sus *matices*; y todos procedentes de tres

fundamentales: el rojo, el amarillo y el azul. Y éstos, es decir, esta sublime belleza que creó Dios, al destacar el mundo del seno de la nada, están simbolizados en una región única en el mundo. En España, donde la bandera *gualda y roja* flota y tremola sus gloriosos pliegues por las tierras y los mares, bajo un cielo libre, constantemente azul.

¿Diréis, señores, que para un discurso de apertura acumulé sobrada dosis de lirismo? Quizá sea así; pero dignaos perdonarme el que me sienta tal vez algo Quijote, en un país que va siendo invadido por los Panzas.

XI

He prometido hablaros la verdad, y jamás he faltado a mi palabra: voy a demostrar en breves líneas como España ha sido siempre la *primera* en lo *primero*. Es decir, en lo capital: en la ciencia, en las letras, y en toda clase de estudios y en toda clase de actividades y en toda variedad de conocimientos.

Y empiezo por el principio: por la *Universidad*. Si os atenéis a los libros, que por acaso os sirvieron de enseñanza, habréis creído que la Universidad primera que en el mundo se creó, fué erigida en la villa de París, durante el reinado de Felipe Augusto. Quizá también os dijeron estos libros que desde los siglos VI y VII había en Francia *escuelas*, así en los monasterios, como en los palacios en que habitaban los obispos; y que de la reunión de tantos y tan ilustrados elementos nació en París la Universidad primera, no ya de Francia, sino del mundo entero.

Para mi objeto me es indiferente una u otra de las dos versiones. Admitamos — como creo cierto —

que fué Felipe Augusto quien instituyó en París lo que por Universidad entendemos hoy. Entonces — como diré luego — nos anticipamos de muchos siglos a París. ¿Sería acaso Carlomagno, y llamaríamos Universidades a las sencillas Escuelas de aquel tiempo? También nos es igual; ya que uno de los principales fundadores, el gran sabio *Gerbert*, que más tarde, cuando Papa, se llamó Silvestre II, ¿sabéis, señores, adonde se encaminó buscando un maestro? Voy a decíroslo, sino lo recordáis: se vino aquí, al Condado de Barcelona, durante el reinado de Borrell II, en el año 954, con el solo objeto de *ser discípulo* del excelso obispo de Vich, denominado *Athon*. Ignoro si se debe al monje Gerbert, cuando regresó a París, el que en Francia se supiera catalán; lo cierto es (como puede comprobarse por tantos manuscritos de que rebosan los archivos), que ya en estos días remotos observamos que los textos escritos en latin, van enriquecidos con palabras genuinamente catalanas.

He dicho de antemano que no iba a seguir orden ni plan; sino que los ejemplares de las riquezas españolas irán saliendo como muestras, que desde el saco, se desparramarán en la vitrina.

XII

Empecemos por la *idea*, en forma de *escritura*. ¿Quién inventó la majestuosa letra gótica, que por tantos años usara el mundo sabio? El obispo *Ulfilas*, godo, en el año de 370 del Señor. ¿Quién fué en Europa el primero que escribió un *Tratado de Algebra*? *Lucas de Burgo*, que, siendo español, lo editó en lengua ita-

liana en la ciudad de Venecia en 1494. ¿Dónde se inventó el papel de lino, en substitución del de algodón? En Valencia y Cataluña. Desde España pasó a Francia de ésta a Alemania, de ésta a Inglaterra... Esto ocurría en el siglo XII. ¿Dónde se inventó el procedimiento de forrar los barcos con cobre, en vez de plomo, que era el metal que antes se usaba? En España. ¿A quién se le ocurrió antes que a nadie, el cargar con pólvora las minas? Al español *Pedro Navarro*. ¿Dónde se inventaron los *obuses*? En España, en donde se les dió el nombre de *morteros*. ¿Cuáles fueron las ciudades que se anticiparon en el uso de la imprenta? Se inventó en Maguncia; la segunda ciudad que la admitió en su seno fué Roma, la corte de los Papas, la tercera *Barcelona*, por haberse dirigido a esta ciudad el impresor alemán Juan Gherling; quién fué causa eficiente de que se imprimiera en ella en 1463, un libro titulado *Catena aurea de Santo Tomás*. Así, *Barcelona* fué la tercera ciudad de *Europa* en que se empezó a imprimir. La siguen Venecia, en 1469, Milán en 1469, París en 1470, Nápoles en 1471, Valencia en 1473, Zaragoza en 1475, Bruselas en 1476, Sevilla en 1477, Salamanca en 1481, Viena en 1482, Estokolmo en 1483, Burgos en 1485, Toledo en 1486, Lisboa en 1489, Hamburgo en 1491, Copenhague en 1493, Valladolid en 1493, Granada en 1497, Moscou en 1560, Méjico en 1560. ¡La primera imprenta que se usó en Norteamérica tiene de fecha el año de 1639!

¡Qué papel tan admirable juega España en estas pruebas del adelantamiento más grande, más científico, más literario, más intelectual!

¡Cuán rutinaria ha sido siempre España! ¿verdad señores míos, hispanófobos?

Por que, si del terreno práctico inventivo, progresivo, pasamos, por ejemplo, al terreno intelectual, entonces podemos preguntarnos con orgullo: ¿Qué hombres excedieron en Europa al historiador Mariana, a Saavedra Fajardo, a Alamos y Barrientos, a Antonio de Guevara, a Andreu, a Fox Morcillo, a Nuñez, a Perpiñán, a Téllez y Cardoso, a Beruel, a Ramírez de Carrión, a Fuentes, a Amoral? ¿Cuáles sabios igualarse pueden a Núñez, Bivar, Hurtado, Soto, Vives, Macedo, Vázquez, Caramuel, Córdoba, Pérez de Mesa, Ruíz, Santa-cruz, Ocampo, Rosales, Poza, La Serna, Torrejón, Pérez de Oliván, Fuenleal, Barrientos y tantos y tantos otros que me sería imposible enumerar? ¿Quienes superar podrían a Benito Jerónimo Feijóo, al Padre Isla, a Rodríguez Campomanes, el sabio Abate Andrés, a Lampillo, a Iriarte, a Alvarado, a Jovellanos, a Capmany, a Tomás Lapeña, a Hermosilla, a Flores Estrada, a Torno, a Escosura, a Lista, a Luna, y sobre todo al filósofo de talla gigantesca, por todos admirado, y por nadie discutido, el catalán doctor don Jaime Balmes?

En el siglo xv, se decía que en el mundo sólo había tres sabios: Erasmo, nuestro Vives y Budé.

Y sigamos dando variación al mismo tema, para hacer menos penosa la lectura del catálogo:

¿Cuál fué la nación que podría llamarse con motivo *especialista en descubrimientos de mundos, de mares, de costas, de islas y naciones?*

Ahora sí que os voy a abrumar a fuerza de contaros glorias. Entremos en el *Teatro de las maravillas*, y preguntémonos, ¿qué es lo que nos puede ofrecer el orbe entero, en cambio de todo lo que la península hispano-portuguesa le ha donado? Me refiero a des-

cubrimientos geográficos como ya habréis comprendido a buen seguro.

Hagamos tan sólo un sumarísimo inventario:

Las Canarias y las Azores, las descubrió el catalán Jaime Ferrer, en 1375.

La isla de San Salvador, Cristobal Colón.

Las Antillas, el mismo navegante.

La isla de la Trinidad y el continente americano, a él se le deben igualmente.

Las costas orientales de la América, fueron descubiertas por Ojeda, en 1497.

El río de las Amazonas, por Vicente Pinzón, en 1500.

La isla de Ceilán, por Lorenzo Almeida, en 1512.

La Florida, por Juan Ponce de León, en 1512.

El mar del Sur, por Núñez de Balboa, en 1513.

El Perú, por Pérez de la Rúa, en 1515.

Río Janeiro, por Díaz de Solís, en 1516.

El Río de la Plata, por Díaz de Solís, en 1516.

Méjico, por Fernández de Córdoba, en 1518.

La América Septentrional, por Juan, en 1523 y 1524.

La Bermuda, por Juan Bermúdez, en 1527.

La Nueva Guinea, por Andrés Vidaneto, en 1528.

Las costas cercanas a Acapulco, por Cortés, en 1534.

La California, por Fernando Cortés, en 1535.

Chile, por Almagro, en 1536 y 1537.

El Misisipí, por Moscoso de Alvarado, en 1543.

Las islas de Salomón, por Mendana, en 1567.

Las costas de Chile, por Pedro Sarmiento, en 1589.

Las Marquesas de Mendoza y Sta. Cruz, por Mandana, en 1595.

Las Tierras del Espíritu Santo, por Quirós, en 1596.

El *primero que dió la vuelta al mundo* fué el español Juan Sebastián.

Elcano en 1522. No olvidemos la odisea del catalán *Badía*, por el Imperio de Marruecos.

¿Verdad que va resultando algo monótona, la relación de tantas glorias patrias?

Pues tened en cuenta que apenas estamos comenzando la lectura.

Para dar un poco de variedad a la exposición, sigamos otro rumbo: dejemos *estos* mares; pasemos a *otros*, por medio de *un puente* muy hermoso.

¿Queréis ocuparos de uno de los progresos más modernos? Sea.

¿Qué nación se adelantó a uno de los más humanitarios? ¿De qué progreso hablamos? ¿de qué fecha se trata? ¿qué importancia social tiene?

XIII

El progreso de que os hablo es nada menos que la *abolición de la prisión por deudas*. En el siglo pasado se realizó en Francia, en España, en Inglaterra y en otras varias naciones ilustradas. Pues sabed, señores, que yo, en este momento, estoy leyendo en el admirable libro intitulado *De las Constitutions y altres drets de Catalunya*, lo que sobre este asunto dispuso en 1283, en la Corte de Barcelona, el gran Rey Pedro II de Aragón: el decreto dice textualmente: «*Null cavaller, o altre hom franc per deute no sie pres, ni pres encara, sia detingut*. He aquí una institución del *Habeas corpus*.

¿Dónde apareció el *primer Código Mercantil*, que fué seguido no ya en Europa, sino en el mundo entero? En Barcelona.

También en Barcelona fué redactado por el *Consell dels prohoms del mar*, bajo la forma de *Ordenanzas*, confirmadas en 1258, por Jaime I *el Conquistador*.

¿Cuál fué la nación que tuvo la primera *Junta de prácticos*, para entender de cosas de la mar? También esta grande institución se debe a Barcelona. ¿Cuál fué la *potencia marítima* más formidable en el siglo XII? Pues fué Barcelona. ¿En dónde se estableció el *primer Banco de Cambios*, de la Europa entera? En Barcelona. ¿La *Institución de los gremios*? En Barcelona también...

No quiero hacerme interminable hablando ya más de Barcelona. Y tened en cuenta, que Barcelona no es ya otra cosa que una ciudad de España: pues si fuera yo extendiendo las preguntas a todas las ciudades que integraron la nación, veríamos confirmado y ampliado cuanto digo: Que España ha sido la primera en todo lo que adelanto significa; y que según voy luego a demostraros, sigue siéndolo hoy en día, en la elevada atmósfera de la esfera intelectual.

¿Acaso lo ignoráis? En vosotros no es posible suponerlo; pero convengamos en que nos hemos *descuidado* un poco: hemos olvidado que en nuestra propia *casa* existen tesoros de tal índole que solamente con lo que *rebosa* de ellos, fácilmente dotaríamos con regia esplendidez a naciones enteras, que, por no conocernos, casi podemos suponer que nos desdeñan.

¿Cuál fué la *primera Universidad* que tuvo Europa?

Ya os he dicho, señores, que no fué París. Pero decirlo es poco: no tengo suficiente autoridad para que mi opinión sea aceptada, por el hecho simple de que sea expuesta. Debo hacer algo más, mucho más que esto: debo razonarla; y vosotros juzgaréis, con la imparcialidad, que tanto os enaltece y os distingue.

Voy a *demostraros* que la *Universidad*, es en nosotros, *fruto indígena*: que es propia de la tierra, y que no fué importada de Francia, de Italia, de Alemania; ni de las islas Británicas; ni del archipiélago de Grecia. *Que la Universidad nació en España.*

¡Y cuán remota antigüedad vemos en ella! ¿Entendemos por universidad aquellas escuelas, que, según los franceses, inaugurara Carlomagno? Entonces, nos anticipamos en España de ocho siglos, cuando menos, a las citadas del Emperador de francos, que ordenó su institución. En efecto: *Sertorio*, estableció la provincia *celtiberia*; dióle por capital a *Huesca*; en esta ciudad que llamó *Osca*, como los catalanes la llamamos aun — estableció una *Universidad*, en la que enseñaban profesores, no sólo latinos, sino griegos. Todo esto ocurría 80 años antes de nuestra era.

¿Queremos que sólo se llame Universidad a un gran centro de enseñanzas, donde, en un grande edificio, se expliquen y se lean diferentes disciplinas a todos los ramos del saber humano pertinentes?

Tampoco voy a discutir sobre este punto. También en España hemos de buscar la fuente de tan gran progreso. También, señores míos, con delectación especialísima de mi alma voy a demostraros de igual manera, que la Universidad nació en España. En efecto: en la ciudad de *Córdoba*, capital del califato de Occidente y en el año de 756, fué fundada *la primera Universidad del mundo occidental*. Se respiraba en Córdoba un ambiente densísimo de ciencia; el número de alumnos que de todas partes acudían, excede a todo cálculo; la *Biblioteca* llegó a contar 600,000 volúmenes; en este ambiente, y por tanta ciencia su imponderable cielo fecundado, nacieron los dos Séneca, Averrhoes, Moïse

Maimonides, el gran Lucano, y tantos sabios y tan grandes, que aun hoy día constituyen la admiración del Universo.

Tuvo, sin embargo, dos rivales, bajo el concepto especialmente *Cronológico*: la de Bagdad y la de Oxford. Pero ¿de la primera, quién se acuerda? Respecto a la segunda ¿hubiera osado compararse en importancia con la Universidad que honrara a nuestra España?

¡Oh! En cuanto a España somos ricos en lo que a centros de ciencia se refiere. La legendaria Universidad de Salamanca, fundada en 1200, si ha perdido en cuanto a alumnos, en nada ha desmerecido en cuanto a profesores. Han dejado de ser Universidades, tan antiguas e importantes, como las de Toledo, de Málaga y de Alcalá. Se conservan, a Dios gracias, otras muy antiguas también, como la de Sevilla, de Santiago, de Valencia, de Valladolid, de Granada, de Oviedo, de Zaragoza, de Barcelona. Y ha venido recientemente a reunirse, con todas estas legendarias, la que, en 1836, fué establecida en la capital de nuestro reino.

XIV

Y sobre la Universidad de Barcelona, me conviene hacer una breve aclaración. No fué fundada en 1402 cuando reinaba don Martín: ni en 1450 por don Alfonso IV de Cataluña, llamado también el *Sabio*, como el otro monarca de Castilla, sino que, el rigor histórico nos dice que en 1310 el Consejo de Ciento, que facultades tenía para esto y mucho más, instituyó la *Uni-*

versidad de Derecho; y en 1402 fué cuando se amplió en la *Facultad de Medicina* y más tarde con el *Colegio de Artes*, por obra y gracia del citado don Martín. Hasta transcurridos veintiocho años, no tuvo casa propia, cuyo edificio fué costeadado por el Municipio barcelonés. Respecto a don Alfonso IV, satisfizo los deseos de Barcelona entera, y se avino a costear otro edificio de mayor capacidad que el existente.

¿Cuál fué la primera nación que instituyó el *tratamiento moral* para los pobres *alienados*?

España: *Fray Jofre Gilberto* erigió en *Valencia* un *hospicio* para los *vesánicos*; pues la potencia irresistible de su cerebro pudo dar vida a tan sublime idea, infiltrándola así en el corazón como en la mente de la histórica *Sociedad de los Inocentes*, en el año de 1408.

La *primera cuarentena* que existió en el mundo, ¿dónde se instituyó? En la isla de *Mallorca*, en 1475.

Después, mucho más tarde, Europa entera la adoptó.

¿Cuál fué la obra más antigua, más atrevida, más admirable, que apareció después de Ptolomeo, y causó la admiración de los astrónomos cristianos? Fué la obra de un gran Rey: de don Alfonso X de Castilla; y se intituló las *Tablas Alfonsinas*. La publicó en España, e hizo datar las observaciones desde el día 1.º de junio de 1252, o sea el de la fecha en que dicho gran Rey fué coronado.

Sigamos viendo como España ha sido siempre país de maestros, cuya eximia fama recorriera todo el mundo.

Dominaba el analfabetismo en toda Europa, cuando el rey de Francia, Carlos V, tuvo el pensamiento

felicitísimo de querer aprender la *Geografía*; pero ¿dónde encontrar cartas geográficas para hacer palpables y evidentes las lecciones?

¿Dónde? En el *arsenal de toda ciencia*: en nuestra España. En un mapa escrito en *lengua catalana* — el mismo catalán que hablamos hoy — dibujado en Mallorca, en el año de gracia de 1375.

Este mapa-mundi, ilustrado con un gran número de figuras sugestivas, existe en la *Biblioteca Nacional de París*, y su extensión está dividida en cuatro grandes pergaminos. Cuando fijo los ojos en la reproducción que poseo, siento latir mi corazón con mayor energía y rapidez.

Este mapa, señores, es más que una obra, más que un monumento, más que una Biblioteca colosal. Es un *acontecimiento*; y, para mí, ha sido el fulgor inesperado que en noche oscura ilumina de repente el horizonte.

Este mapa es un mundo que explorar, para quien se sienta con anhelos para realizar descubrimientos.

¡Cuántas cosas en él estoy mirando! ¡Es realmente inconcebible lo que en él se ve, y más increíble lo que se adivina! El autor, embarcado en una pequeña carabela, aparece dibujado toscamente. Dice, en catalán, que se llama JAIME FERRER; y, sin quitar ni añadir una palabra, la inscripción es como sigue: *Partich luxes den Jac, Ferrer, per anar al rio del Or, al jorn de San Lorens, qui es á X de Agost, é fo en l'any MCCCXLVI.*

De manera, señores, que lo primero que aquí vemos, es que una centuria antes de que el gran genovés hubiese creído realizable navegar siguiendo el sol poniente, siempre hacia el Sur del Océano Atlántico,

ya Jaime Ferrer y los catalanes que le acompañaron lanzáronse a tan extraordinaria y temeraria empresa. Que no temieron dirigir el rumbo, embarcados en miserable barquichuelo; hacia regiones que nadie dudaba que debían conducir fatalmente hacia el abismo; que fueron los primeros que tal *locura* intentaron; que el buque no navegaba acompañado de otro alguno; que la brújula ni era conocida ni siquiera sospechada...

Pero lo más grande aun no es esto: lo más inconcebible es que descubrió las islas *Canarias*; que las dibujó perfectamente en su mapa; que las describió; que nos dió su etimología, diciendo que su nombre se debe a que abundan en grandes y robustos perros (*canes*); y que nadie hizo caso de tan gran descubrimiento hasta el punto de que es cosa corriente y admitida que estas hermosas islas fueron descubiertas por Juan de Bethencourt, señor de Granville en Normandía, cuya conquista comenzó en el año de 1402.

No dudamos de la buena fe de Bethencourt, que seguramente ignoraría la existencia de este mapa; pero lo que extrañamos es que no se haya rectificado tal error, existiendo el comprobante en la Biblioteca de París, cuyo atlas tiene el número 6815, en la *sección de los antiguos*.

Todavía no acaba aquí lo que en este mapa debemos aprender. En él se señalan, igualmente, las islas *Azores*, descubiertas por los portugueses sesenta años más tarde del de 1375.

Ya véis, señores, que no en vano he calificado de *acontecimiento* el precioso mapa del catalán Jaime Ferrer.

En el momento en que estoy escribiendo tales líneas, téngole delante y se agolpan a mi mente los nebu-

losos cuadros de la historia; aparecen a mi imaginación aquellos tiempos, con las figuras misteriosas de las compañías blancas que desde Francia condujo a España el legendario Duguesclin; el Rey don Pedro el *Cruel*, el Príncipe negro de Inglaterra, don Enrique de Trastámara, la reina Blanca, la Padilla y tantos otros personajes que se destacan, con colores más sombríos o más pálidos, como evocados por mi atención desde los aposentos de la memoria, en que se refugiaron en los albores de mi vida, cuando comencé a leer los primeros rudimentos de la historia.

Nosotros hicimos más para los extraños de lo que hicieron éstos para nosotros. Italia realizó un progreso inmenso, tanto en Filosofía como en Ciencias; progreso que se remonta a estos tiempos de hierro de don Pedro el *Cruel* y de Bertrán Duguesclin. Fundó con la *Universidad de Bolonia*, una *nueva raza* de hombres eminentes que más tarde debían ilustrar a todo el mundo, y que aun hoy día sigue siendo, en la Europa culta, uno de los centros más ilustres, más frecuentados y más grandes.

Ahora bien: ¿Quién fundó esta Universidad, admiración de todo hombre inteligente? El arzobispo de Toledo, *don Gil de Albornoz*; es decir, *un español* refugiado en Italia para escapar al odio de don Pedro I de Castilla. Dejó en su testamento una renta casi real en el año 1368.

¿Quién se hizo coronar en Bolonia? Nuestro grande Emperador don Carlos V.

Señores, muchos sabios produjo la Universidad fundada por el español Gil de Albornoz, en la, desde entonces, célebre Bolonia. Pero el más eminente, el más conspicuo, el más inconcebible, el milagro de Dios

en forma humana, fué el genio más colosal que el mundo ha visto; el más universal, el más precoz; el autor de la temeraria tesis *De omni re scibili*, que fué el guante arrojado a todo el mundo sabio. Novecientas proposiciones de autores griegos, hebreos, latinos, caldeos, egipcios, antiguos y modernos, unidas a otras quinientas que él mismo formuló, fueron la convocatoria del palenque que se comprometía, contra todos los hombres, *él solo*, a sostener. Dicho está, con esto, que hablo del celebérrimo Juan Pico, príncipe de la *Mirándola*.

También Bolonia fué el primer centro de la Europa culta, donde fué permitida la *disecación* de cadáveres humanos; es decir, la *Anatomía humana verdadera*.

Mucho más tarde, en el año 1492, cuando el rey *Enrique VIII* de Inglaterra quiso buscar un *maestro* para su hija única *María*, también se valió de un español; de un valenciano, del insigne *Vives*, tan gran literato como gran filósofo.

El incomparable mallorquín *Raimundo Lulio* se hizo célebre en todo el orbe por la invención del *Gran arte* o *Arte maravilloso*. En él se inspiraron hombres tan insignes como Leibnitz y el gran experimentador en las ciencias biológicas, que conocemos con el nombre de *Padre Kircher*. También este español ilustre, maestro de maestros, nació en un siglo tenebroso: el siglo XIII de nuestra era.

De *Tito Livio* español, se ha calificado unánimemente al insigne sabio *don Juan Ginés de Sepúlveda* que, nacido en 1431, llenó el siglo siguiente con el sinnúmero de obras filosóficas, que, ya traducidas, ya comentadas y originales, inundó por media centuria a la Europa pensadora.